



Amar a los aparatos. Gilbert Simondon y una nueva cultura técnica

Pablo Esteban Rodríguez¹

RESUMEN

El artículo sintetiza los aportes fundamentales del filósofo francés Gilbert Simondon a la filosofía de la técnica. Simondon reivindica la perspectiva ingenieril frente a las posturas humanísticas corrientes en este campo, al menos hasta la década del '60, y también la perspectiva humanística respecto de la ingenieril. Asimismo, pretende subrayar la originalidad de la teoría de Simondon en cuanto a la constitución de una nueva “cultura técnica” que supere la alienación del hombre respecto del hecho técnico creado por él mismo y que permita recuperar el amor a los objetos y sistemas técnicos. Para ello repone los principales puntos de discusión de Simondon con la filosofía de la técnica, así como las reformulaciones que han hecho algunos de sus comentaristas, fundamentalmente en lo que hace a su relación con la teoría marxista.

PALABRAS CLAVE

Humanismo, alienación, cultura técnica, concretización, matriz social.

¹ Doctor en Ciencias Sociales (UBA), Master en Comunicación, Tecnologías y Poder (Université de Paris I-Panthéon-Sorbonne). Investigador Asistente de Conicet (sede Instituto Gino Germani, UBA). Profesor Adjunto del Seminario de Informática y Sociedad (carrera de Ciencias de la Comunicación). prodriguez@sociales.uba.ar

ABSTRACT

This article summarizes the main contributions of French philosopher Gilbert Simondon to the philosophy of technics. Simondon defends engineering perspective facing humanistic positions that are currents in this field –at least until the decade of the ‘60–, and also the humanistic perspective facing engineering positions. Furthermore, it aims to emphasize the originality of the theory of Simondon in terms of the constitution of a new “technical culture” that exceeds the alienation of man with respect to the technical fact created by himself, and that would allow to recover the love to the technical objects and systems. For this purpose it reinstates the main points of discussion of Simondon with the philosophy of technics, as well as the reformulations made by some of his commentators, mainly in respect to his relationship with Marxist theory.

KEY WORDS

Humanism, alienation, technical culture, concretization, social matrix.

La ingeniería siempre ha sido uno de los tópicos centrales de la filosofía de la técnica, o lo que en el mundo anglosajón se conoce como filosofía de la tecnología; la distinción entre ambos términos requeriría sin dudas una serie de disquisiciones que superan, como se verá, las intenciones de este artículo. Siguiendo la genealogía realizada por Carl Mitcham en su clásico *¿Qué es la filosofía de la tecnología?*, ingenieros y filósofos comparten el mérito de haber iniciado este campo de estudios surgido en la segunda mitad del siglo XIX, a caballo de la explosión de la Segunda Revolución Industrial. Incluso hay filósofos, como Friedrich Dessauer, que fueron al mismo tiempo inventores y empresarios, con lo cual su reflexión sobre la técnica estuvo desde siempre imbuida de actividad técnica material.

¿Podría ser de otro modo? ¿Podría la filosofía de la técnica permanecer ajena a la ingeniería civil, química e industrial que está en la base misma de los avances tecnológicos para el nacimiento y expansión del capitalismo? Mitcham responde que sí. En la primera mitad del siglo XX, en el mismo tiempo de Dessauer, emergió una corriente específicamente filosófica que únicamente problematizaba la ingeniería para someterla a una crítica “externa”, esto es, sin emplear ningún término técnico pues allí radicaba el nudo gordiano de esta nueva etapa: la técnica se impuso por

sí misma, la ingeniería es uno de sus medios y la filosofía el ámbito que puede contrarrestar esta tendencia.

Así, entrelazando las dos capas de expansión de este campo, Mitcham propuso dos grandes corrientes de la filosofía de la técnica: una ingenieril, que analiza la técnica “desde adentro” y considera que la forma técnica es el “paradigma para comprender otros tipos de acción y pensamiento humanos” (Mitcham, 1989: 49); y otra humanística (“de las humanidades”, según la traducción empleada) que “busca, por el contrario, penetrar en el significado de la tecnología, sus vínculos con lo humano y extrahumano: arte, literatura, ética, política y religión” (ídem, 82). En líneas generales, se trata de una reedición en el ámbito de la filosofía de la técnica de la antigua y por cierto vigente distinción entre las dos culturas, una humanística y otra científica, que realizara Charles Percy Snow a fines de los ’50.

Si las clasificaciones suelen tener el valor de poder definir claramente un problema para luego sofisticarlo mediante su relativización, el propio Mitcham señala un tercer momento para abrir la dicotomía planteada: la Escuela de Frankfurt, cuyos máximos representantes, Theodor Adorno, Max Horkheimer, Walter Benjamin y Herbert Marcuse, con sus notables diferencias, buscaron no la aceptación ni el cuestionamiento de la técnica *per se*, “sino el análisis y la crítica sociales” (Mitcham, 1989: 89). De todos modos, a juzgar por obras clave como *Crítica de la razón instrumental* (Horkheimer), *Dialéctica del iluminismo* (Adorno-Horkheimer) y *El hombre unidimensional* (Marcuse), queda claro para cualquier lector que la llamada Teoría Crítica estuvo mucho más cerca de la corriente humanística que de la ingenieril.

Otro autor fundamental de la filosofía de la técnica en la actualidad es Andrew Feenberg. Su propuesta toma el guante de la inestabilidad de la clasificación primaria de Mitcham para proponer la elaboración de una Teoría Crítica de la técnica que logre superar esta dicotomía (ingeniería vs. sociedad) mediante una inspiración marxista que los propios frankfurtianos, tan permeados por y a la vez molestos con filosofías imponentes como las de Martin Heidegger, terminaron diluyendo, un poco por las mismas ambigüedades del marxismo del siglo XX respecto de la técnica. Y para ello Feenberg echa mano de alguien que fue muy poco conocido en vida y que ahora comienza a estar un tanto “a la moda”: el filósofo francés Gilbert Simondon, que fuera citado varias veces en *El hombre unidimensional*.

Mitcham despacha rápidamente a Simondon como un representante de la filosofía ingenieril de la técnica en la medida en que retoma el proyecto de la mecanología de Jacques Laffite, esto es, la ciencia de las máquinas

para constituir “una fenomenología descriptiva de los fenómenos tecnológicos” (Mitcham, 1989: 40). No sólo esto es así, sino que las referencias de Simondon en *Du mode d'existence des objets techniques* (1958) abundan en ejemplos científicos y tecnológicos que sin dudas no cuadran con el tono humanista de su supuesto bando rival: desfilan allí largos y refinados análisis de una usina mareomotriz, una grilla electrónica, un tubo de vacío, un teléfono o un motor de combustión interna.

Cabría preguntarse entonces cuáles son los motivos de Feenberg para recuperar a Simondon en la estela de la Teoría Crítica. ¿Un marxismo mecanológico? ¿Podría un filósofo “ingenieril” escribir lo siguiente?:

Parece existir una ley singular del devenir del pensamiento humano según la cual toda invención, ética, técnica, científica, que es primero un medio de liberación y de redescubrimiento del hombre, se convierte, a través de la evolución histórica, en un instrumento que se vuelve contra su propio fin y que convierte en servil al hombre, limitándolo (Simondon, 2014: 121).

El campo de la filosofía de la técnica, conformado fundamentalmente entre Estados Unidos y Francia en los últimos 40 años, nunca supo bien qué hacer con Simondon. Hay una razón de peso y es que, a diferencia de otros autores más reconocidos, la obra completa de Simondon comenzó a ser publicada recién hace dos décadas, cuando fue escrita a fines de los '50. Si el conocimiento, modesto, que había sobre él se limitaba al libro citado, hoy se puede ver que se trata de una de las figuras centrales de la filosofía en general del siglo XX y que es sin dudas –dicho esto a título personal– el mayor filósofo de la técnica del siglo XX. En las páginas siguientes se intentará señalar algunos caminos para comprender la importancia que tiene Simondon para renovar las relaciones entre filosofía, ingeniería y sociedad sin pretensión alguna de exhaustividad, pues se trata de una obra demasiado vasta y compleja, cuyo descubrimiento e interpretación demandarán algunos años. El punto de partida es el notable acercamiento que produce Simondon entre la epistemología de la ingeniería y la problemática filosófica relativa al par técnica-sociedad, según lo planteado por Giuliano y Tula Molina (2015).

I. LA DENUNCIA DE UNA BÚSQUEDA FALLIDA

El modo de existencia de los objetos técnicos (en adelante, MEOT), tal es su título en la versión castellana, fue escrito en 1958, en pleno auge de la filosofía “humanística” de la técnica. Todos los representantes de esta corriente

según Mitcham habían escrito sus obras: José Ortega y Gasset, Martin Heidegger y Jacques Ellul. Simondon inicia su libro con un grito de guerra contra la situación de aquel entonces:

Este estudio está animado por la intención de suscitar una toma de conciencia del sentido de los objetos técnicos. La cultura se ha constituido en sistema de defensa contra las técnicas; ahora bien, esta defensa se presenta como una defensa del hombre, suponiendo que los objetos técnicos no contienen realidad humana. Querríamos mostrar que la cultura ignora en la realidad técnica una realidad humana y que, para cumplir su rol completo, la cultura debe incorporar los seres técnicos bajo la forma de conocimiento y de sentido de los valores. La toma de conciencia de los modos de existencia de los objetos técnicos debe ser efectuada por el pensamiento filosófico, que se encuentra en la posición de tener que cumplir en esta obra un deber análogo al que cumplió en la abolición de la esclavitud y la afirmación del valor de la persona humana. (Simondon, 2013: 31).

El punto clave de la postura de Simondon se halla precisamente en los criterios de clasificación de Mitcham. Si la corriente ingenieril piensa a la técnica como modelo de comprensión de algunas zonas de lo humano, y la humanística recorre el camino contrario, Simondon sostiene que lo técnico es inmediatamente humano; no es un punto de partida ni de llegada, sino el centro mismo. Más allá de las importantes derivaciones que se producen en el terreno antropológico y paleontológico acerca del hecho técnico en relación con el proceso de hominización –y en las cuales Simondon exhibe su deuda con el gran antropólogo francés André Leroi-Gourhan–, el problema consiste en que ambas corrientes suelen derivar en la tecnofilia y la tecnofobia, respectivamente, que son dos formas de no reconocer lo humano en lo técnico. Esto habilita a Simondon a denunciar el estado de la filosofía de la técnica de su época como constitutivamente alienado. Su tesis es que la alienación no describe la relación entre el hombre y sus invenciones, sino la de éstas y el pensamiento que las toma a su cargo.

Hay en la historia de la modernidad dos razones principales para esta búsqueda fallida de la filosofía de la técnica. La primera es el hecho de que el proyecto enciclopédico del siglo XVIII, si bien imponía un tipo de saber en detrimento de otros, apuntaba a democratizar el acceso a conocimientos y oficios para transformar la materia; imaginaba así un público ilustrado en el hacer. Sin embargo, la educación pública moderna consagró una partición de los saberes en teóricos y prácticos, humanistas y técnicos, que minó el impulso inicial enciclopédico hasta hacerlo trizas. Se podría decir que la Ilustración moderna, en tanto *Bildung* (proceso de formación), se opuso a la Enciclopedia.

La segunda razón es el desarrollo del capitalismo industrial a gran escala, que replicó esta distinción entre lo teórico y lo práctico, entre lo manual y lo intelectual, y que ciertamente no es privativa de la modernidad, y la reforzó con la organización del trabajo fabril. El conocimiento fue abstraído de los cuerpos trabajadores, colocado en el ámbito de lo intelectual y devuelto al proceso de producción ya como conjunto de reglas fijas. Se trata de la clásica denuncia de Karl Marx en *El capital* sobre la diferencia entre el trabajo vivo y el trabajo abstracto y la consecuente conversión de los objetos de uso en mercancías.

2. UNA NUEVA CULTURA TÉCNICA

Un rasgo en extremo original de Simondon es que propone filosofar a partir de un motor de combustión, una grilla electrónica o un molino de viento, no a partir de *la técnica*. *La técnica* o *la tecnología* no existen; lo que existen son elementos, individuos y conjuntos técnicos que se definen en función de los utilizadores y los requerimientos técnicos y sociales de cada época, y aquí reside la alienación fundamental de la filosofía de la técnica respecto de su objeto. Esta tripartición es presentada en la primera parte de MEOT. En primer lugar están los “objetos técnicos infraindividuales”, que “no poseen medio asociado” y son comparables “con lo que es un órgano en un cuerpo”; de hecho, podría haber “una organología general que estudie los objetos técnicos en el nivel del elemento, y que formaría parte de la tecnología, junto con la mecanología, que estudiaría a los individuos técnicos completos” (Simondon, 2013: 85-86).

En segundo lugar están los individuos técnicos, que reúnen a los elementos técnicos en un sistema autorregulado que además tiene relación con un medio asociado para constituirse. Así, si la figura principal del elemento técnico es la herramienta, ella misma operada por un cuerpo humano compone con él un individuo técnico. La novedad del siglo XIX es la generalización de las máquinas, creadas en los siglos anteriores, que constituyen la imagen más habitual de un individuo técnico. Y en tercer lugar, lo que constituye un hecho propio del siglo XX, se encuentran los conjuntos técnicos. En realidad, según los ejemplos que brinda Simondon en los párrafos finales de esa primera parte, los conjuntos técnicos reúnen a cuerpos, herramientas (elementos) y máquinas (individuos) desde hace mucho tiempo: astilleros, canteras, fábricas, talleres, etc. Sin embargo, la comprensión misma de la realidad de los conjuntos técnicos, esto es, sus mecanismos de autorregulación, el aporte de información de cada uno

de las entidades intervinientes a las otras, fundamentalmente las máquinas, sólo llegó para Simondon con la cibernética, “ciencia que estudia la comunicación y el control en animales, hombres y máquinas” (Wiener, 1971: 41).

Elementos, individuos y conjuntos técnicos están en perpetuo devenir, mucho más en los tiempos modernos y capitalistas; esto se conecta directamente con la teoría general de la individuación que Simondon presenta en *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*, su otra obra central. El diagnóstico del pensador-ingeniero francés es que la filosofía de la técnica, en cualquiera de sus variantes, no ha sabido interpretar estos cambios y juzga al hombre como portador de herramientas, cuando esa portación hace tiempo ha sido transferida a la máquina. Por lo tanto, hombres y máquinas compiten sin posibilidad de éxito para los primeros y allí se reconoce la alienación. Sin embargo, el problema es otro, tal como afirma en las líneas finales de esa primera parte de MEOT:

Las ideas de servidumbre y liberación están demasiado ligadas al antiguo estatuto del hombre como objeto técnico como para poder corresponder al verdadero problema de la relación del hombre y de la máquina. Es necesario que el objeto técnico sea conocido en sí mismo para que la relación del hombre con la máquina se convierta en válida y estable: de allí la necesidad de una cultura técnica (Simondon, 2013: 102).

Esta nueva cultura técnica tiene como primera condición comenzar a amar a los objetos técnicos, en lugar de ver en ellos la proyección de esperanzas y temores como si fueran cosas separadas de la realidad humana que los ha creado. Este amor está antecedido por una toma de conciencia de los objetos técnicos que puede ser protagonizada por los “ingenieros de organización, que sería como el sociólogo y el psicólogo de las máquinas” (Simondon, 2013: 35). O también se podría hablar de los “abogados” de los objetos técnicos frente al juicio de quienes hablan en su contra en nombre de la cultura. Se trata de un cambio fundamental en la medida en que exige que el pensamiento de lo técnico –y aquí se encuentra otro aporte sin dudas original– vaya acompañado de un conocimiento de los objetos y los sistemas técnicos, pues:

Lejos de ser el vigilante de una tropa de esclavos, el hombre es el organizador permanente de una sociedad de objetos técnicos que tienen necesidad de él como los músicos tienen necesidad del director de orquesta (Simondon, 2013: 33).

3. ALTERNATIVAS PARA LA FILOSOFÍA DE LA TÉCNICA

Según Simondon, un nuevo pensamiento de los objetos y los sistemas técnicos debe comenzar por reparar los problemas que trae “de arrastre” la filosofía de la técnica, y a esto consagra la segunda parte de MEOT. El primero concernía al problema de la Ilustración. En aquella época, fines del siglo XVIII, se instaló en la vieja Prusia una querrela sobre dos ideas de cultura. Una de ellas, *Kultur*, entendía que la cultura estaba constituida por las obras, instituciones y todo tipo de realizaciones de la humanidad en cuanto tal. Se trata de una noción esencial para la constitución de la antropología moderna, imbuida del espíritu de los románticos alemanes y referida a las grandes realizaciones del espíritu. La otra, *Bildung*, se refería al modo en que los seres humanos se influyen mutuamente y forman su universo simbólico. En este sentido, la cultura es un sistema de formación y de alguna manera es solidaria de la Ilustración francesa, con su énfasis en la educación (Ramírez, 2007)². Décadas después el debate se reabrirá, una vez más en alemán, respecto de la diferencia entre *Kultur* y *Technik*, justamente en los tiempos de emergencia de la filosofía de la técnica en tanto tal, y en donde no cuesta reconocer el origen de la división entre “ingenieros” y “humanistas” (Parente, 2010: 139-142).

Este desplazamiento de eje, donde cierta idea de cultura ligada a los símbolos y las tradiciones se manifiesta contraria primero a los procesos modernos de educación y luego a las transformaciones que trae el capitalismo industrial, marca justamente el meollo del problema para Simondon. Efectivamente, *Kultur* se opone a *Bildung* y a *Technik*, y de esta última oposición se nutrirá muy directamente la entonces naciente filosofía de la técnica. Una postura como la de Heidegger sería sencillamente incomprendible sin considerar esta atmósfera de pensamiento, rechazada de plano por Simondon.

² Esta interpretación se acerca a la de Zygmunt Bauman en su clásico *Legisladores e intérpretes* (1997), donde la idea de cultura se relaciona con la de *civilisation*, en su versión ilustrada francesa. Ahora bien, esta distinción tiene un signo contrario en el análisis que hace Gonzalo Aguirre en relación con la problemática simondoniana. El debate alemán de esa época habría contrapuesto “la cultura entendida como saber humanista y la civilización entendida como saber técnico. La primera da lugar a la formación histórica (*Bildung*) humanista con énfasis en cierta tradición greco-latina, y la segunda a la instrucción racional con especial énfasis en el desarrollo científico-industrial” (Aguirre, 2015: 176). Esta segunda sería equivalente a la *civilisation* en el sentido de Bauman. Más allá de que no es el tema central de este artículo, es importante reparar en la tensión misma existente a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, o sea, en los tiempos de instauración de la educación pública moderna, entre las ideas de cultura y las ideas de formación asociadas a ella.

El filósofo francés Gilles Deleuze, que ha hecho mucho para dar a conocer a Simondon, resume la cuestión con una dura ironía instalada en su *Lógica del sentido*: “No es en los grandes bosques ni en los senderos donde la filosofía se elabora, sino en las ciudades y en las calles, incluido lo más artificial que haya en ellas” (Deleuze, 2005: 266, subrayado en el original). Simondon, compañero de formación y en cierto sentido maestro del propio Deleuze, no estaba justamente en la calle, sino en las aulas y en el taller. A la salida de la posguerra, y como parte de su carrera universitaria y de investigación, Simondon dio en escuelas secundarias cursos paralelos de Física y de Filosofía. Como escribió en MEOT, como le habrá comentado a sus estudiantes, “comprender a Pascal es volver a hacer con las propias manos una máquina igual a la suya” (Simondon, 2013: 126). Así fue como montó pequeños talleres en los que Platón convivía con un rudimentario radar. Luego elevó una propuesta ambiciosa de reforma de la educación para una educación técnica e intelectual integral de la Francia de posguerra. Según uno de los primeros estudios en castellano sobre este texto fundamental:

Se trata, indica Simondon, de dejar atrás la dicotomía entre enseñanza práctica para los obreros y teórica para los burgueses. Se trata, más bien, de generar una tercera vía pedagógica que pueda ser compartida tanto por unos como por otros, con la esperanza de que puedan superar su estado de alienación. Este estado no remite a ningún tipo de relación directa entre ellos, si no a que ambos se encuentran separados del objeto técnico a través del cual se relacionan (Aguirre, 2015: 183).

Treinta años después, ya en el ocaso de su vida, recibió una invitación de Jacques Derrida para formar parte del Colegio Internacional de Filosofía. En su carta de respuesta al ofrecimiento, le indicó que ni la religión ni la técnica aparecen en el programa de la institución como asuntos fundamentales de la filosofía, para luego explayarse sobre los problemas de las carrocerías y los motores Jaguar y la belleza de un tornillo de cadmio; a todo ello adjuntó aquel plan de los años ‘50. Esta pieza fundamental de la filosofía simondoniana, a pesar de que no forma parte de un texto que Simondon hubiera querido que se diera a conocer públicamente, se denomina “Reflexiones sobre la tecnoestética” y saldrá próximamente en la traducción castellana del libro *Sur la technique*. La contundencia del proyecto educativo simondoniano y sus reflexiones sobre el vínculo entre técnica y estética constituyen, sin dudas, otro rasgo más de la originalidad de este autor en el panorama de la filosofía de la técnica.

Estos episodios muestran a las claras que la denuncia primordial de Simondon sobre la alienación de la cultura respecto de la técnica tiene sus

raíces en esta divergencia entre *Bildung* y *Technik*. La formación (*Bildung*), entendida como acceso a través de la educación a un cierto saber universal, es restringida a las disciplinas humanísticas; las ingenieriles, las técnicas y las científicas quedarán progresivamente relegadas a conocimientos prácticos o en todo caso de aplicación indiferente a consideraciones éticas y morales. Incluso cuando la formación misma diera la posibilidad de solucionar esta divergencia, como los científicos de la época de oro de la física del siglo XX que podían relacionar a Platón con los átomos como Werner Heisenberg, era la institución científica en sí la que tendía a marginar dichas consideraciones.

Esto conduce al segundo problema “de arrastre” de la filosofía de la técnica según Simondon, y que una nueva educación y una nueva cultura técnica debería solucionar: su insuficiencia para comprender los nexos cambiantes entre elementos, individuos y conjuntos técnicos. Según Simondon existe un vínculo histórico entre el humanismo, entendido como la voluntad de lo humano de superar la alienación social, económica y cultural, y las sucesivas etapas de la técnica, que él denominará enciclopedismo. En una primera etapa ética, el Renacimiento dio la bienvenida a las transformaciones técnicas en un contexto aún no desarrollado a nivel material, y su energía estuvo así dirigida contra los dogmas religiosos; de allí surgen las revoluciones que dieron origen a la ciencia moderna desde Galileo. En una segunda etapa propiamente técnica, la de la Enciclopedia, se intenta liberar la acción técnica de los constreñimientos sociales bajo la idea de progreso, al mismo tiempo que los elementos técnicos (herramientas) se integran en conjuntos técnicos (máquinas), generando la Revolución Industrial. En estas dos etapas, el hombre es portador de herramientas.

La época actual (la de fines de los '50, es preciso recordarlo) podría abrir una tercera etapa del enciclopedismo que debería ser tecnológico, o sea, relativo a un saber sobre la técnica, y para la cual Simondon convoca a la cibernética. La entiende como una ciencia de las operaciones, para la cual ya no importa tanto ni la materia empleada ni la conjunción de cuerpos, elementos e individuos técnicos, sino el modo particular de su ensamblaje. Para que se entienda rápidamente a través de un ejemplo ligado al trabajo, el enciclopedismo ético crea la ciencia pero su actividad técnica sigue siendo artesanal; el técnico destruye los conocimientos artesanales en un proceso que termina en una cadena de montaje, donde el hombre es casi una máquina; y el tecnológico, como tiende a conocer las operaciones mismas de dicha cadena, puede artificializarla, robotizarla, y entonces la actividad humana técnica abandona el paradigma de la maquinización:

La Cibernética, teoría de la información, y en consecuencia, también, teoría de las estructuras y de los dinamismos finalizados, libera al hombre de la cerrazón constrictora de la organización, al volverlo capaz de juzgar dicha organización, en lugar de padecerla venerándola y respetándola porque no es capaz de pensarla o constituirla. El hombre supera la servidumbre organizando conscientemente la finalidad, como dominó durante el siglo XVIII la necesidad desgraciada del trabajo racionalizándolo, en lugar de sufrirlo con resignación, para hacer el trabajo eficaz (Simondon, 2013: 123).

De esta manera, la cibernética podría estar en la base de un nuevo enciclopedismo “de base tecnológica” que “no puede ser repetición de aquel del Siglo de las Luces”, porque en el siglo XX el hombre “es esclavo de su dependencia en relación con los poderes desconocidos y lejanos que lo dirigen sin que los conozca y pueda reaccionar contra ellos”. En este nuevo contexto, el hombre sólo puede “volver a encontrar su libertad asumiendo su rol y superándolo a través de una comprensión de las funciones técnicas pensadas bajo el aspecto de la universalidad” (Simondon, 2013: 120).

De todos modos, la cibernética no alcanza a cumplir su función. No está a la altura de lo que ha descubierto, pues si por un lado es el primer discurso que se hace cargo de la existencia de los conjuntos técnicos en tanto tales, confiriéndole importancia al problema de la organización, más que a las herramientas o a las máquinas, y con ello permite dar vuelta la página de la filosofía de la técnica de aquel tiempo; por el otro, exhibe dosis altas de tecnofilia y de tecnocracia que derivan en errores conceptuales graves, por los cuales, por ejemplo, la explicación del novedoso procesamiento de información termina confirmando la analogía entre lo vivo y lo artificial que ya había sido desmentida muchas veces en la historia moderna. Así, la cibernética reifica a la máquina, desconoce que los conjuntos técnicos poseen “un margen de indeterminación” que corresponde precisamente a la relación entre elementos y los individuos y termina siendo tan antigua como el “humanismo fácil” que condena a la técnica en general (Simondon, 2013: 31-33). En términos de Mitcham, se vuelve precisamente una “filosofía ingenieril”. Y justamente aquí se puede ver que Simondon no pertenecía de ningún modo a dicha corriente³.

³ En 1962, Simondon organizó en las afueras de París un coloquio sobre la noción de información a la que asistieron varios cibernéticos, entre ellos el principal, Norbert Wiener (quien creó el término), filósofos, biólogos, ingenieros, matemáticos, lingüistas, etc. En las primeras palabras de su conferencia, Simondon advertía sobre la necesidad de entender a la información como un proceso que produce algún tipo de acontecimiento en la instancia

4. AMBIVALENCIA Y CONCRETIZACIÓN

La filosofía simondoniana de los sistemas técnicos sin dudas dialoga críticamente con ciertos aspectos nodales del pensamiento sobre la técnica del siglo XX. Mitcham puede juzgar a Simondon dentro del bando de los “ingenieros” porque detuvo su análisis en la propuesta de la mecanología, que se refiere fundamentalmente a los elementos técnicos. Sin embargo, al elevarse a los individuos y los conjuntos, Simondon se acerca a las clásicas distinciones que Lewis Mumford elabora, partiendo de un autor clásico como Franz Reuleaux, entre la herramienta, la máquina-herramienta y la máquina (Mumford, 1982). Por último, aunque no sea aquí el lugar para desplegarlas, las relaciones con Heidegger son múltiples en varios puntos, particularmente en el del rechazo común a un saber objetivo del hombre, una antropología que sometería al hecho técnico a un vínculo meramente instrumental (Rodríguez, 2010; Barthélémy, 2015). Pero así como Heidegger miraba el bosque y Simondon moraba en el taller, uno se inspiraba en el pasado artesanal y el otro en el futuro informacional.

Simondon también dialoga críticamente con el marxismo y lo hace partiendo de una interpretación heideggeriana, continuada luego por Michel Foucault en su disección de las sociedades disciplinarias. Los fenómenos técnicos modernos se encuentran atrapados dentro del paradigma del trabajo, y así la tecnicidad constituyente de la propia actividad humana es interpretada según criterios de utilidad y eficiencia: medios para un fin. Esto constituye el primer movimiento de la alienación. Dice en la conclusión del MEOT: “No queremos decir que la alienación económica no exista; pero puede ser que la causa primera de la alienación esté de modo esencial en el trabajo, y que la alienación descrita por Marx no sea más que una de las modalidades de esta alienación” (Simondon, 2013: 264). En realidad, siguiendo las razones históricas expuestas anteriormente, el primer movimiento de esa alienación es la educación moderna, que abrió la grieta entre cultura y técnica. De esa grieta se aprovechará el capitalis-

receptora de la actividad, en lugar de ser algo sustancial que se posee, se lleva, se trae y se puede por lo tanto apropiarse. En su opinión, la cibernética había logrado instalar la cuestión de la información como el principal tema de las ciencias y las técnicas futuras, pero al precio de sustancializarla. De allí que fuera necesario buscar otra definición de información que hoy consideramos fundamental en la medida en que lo que Simondon vislumbraba se ha convertido en el insumo fundamental de una transformación sin proporciones: el de la apropiación de la información, que supone un conjunto de conceptos científicos y filosóficos cuya desembocadura técnica configura parte de nuestro mundo. Ver Simondon, 2010 y Blanco y Rodríguez, 2015.

mo para desposeer de sus saberes a quienes realizan actividades técnicas y de ella también abrevará la filosofía misma de la técnica en su constitución: *Bildung-Kultur-Technik*. Por lo tanto, modificar la propiedad de los medios de producción sólo puede reducir la alienación “si es condición previa de la adquisición, por parte del individuo humano, de la inteligencia del objeto técnico individuado. Esta relación del individuo humano con el individuo técnico es la más delicada de formar. Supone una cultura técnica que introduce la capacidad de actitudes diferentes de las del trabajo y la acción” (Simondon, 2013: 137).

En estas confrontaciones puede reconocerse la originalidad de la filosofía simondoniana. Efectivamente, si para Mitcham puede haber una tercera tradición de la filosofía de la técnica, ni humanística ni ingenieril, que se refiera a la posición marxista de vincular el hecho técnico a la crítica social, para muchos autores esta posibilidad está dada por el pensamiento de Simondon. Vincent Bontems, uno de los principales impulsores de la recuperación de la obra de Simondon, señala que su humanismo tecnológico permite observar la distinción entre obrero, esclavo y máquina que muchas veces tiende a desvanecerse en el mundo capitalista —de allí la insistencia de Simondon en las imágenes de la esclavitud para definir el hecho técnico— y que está en la base de las tecnofobias y las tecnofilias. Simondon busca “descentrar el análisis de la alienación tomando en cuenta las finalidades emergentes del sistema que el hombre forma con la técnica” (Bontems, 2015: 208). Esas “finalidades emergentes” corresponden al análisis crítico de la cibernética.

Sin embargo, esta perspectiva no carece de problemas. Según Andrea Bardin, otro intérprete fundamental de Simondon, la creación de una nueva cultura técnica a través de la educación permite recuperar la relación con la tecnicidad, que “tiene la tendencia a ocupar, en su obra, el lugar vacío del conflicto (y por lo tanto de la subjetividad política)” (Bardin, 2013: 35). Efectivamente, Simondon supone que se trata únicamente de un problema de formación y que su solución no exige una voluntad política, lo cual es curioso en la medida en que él mismo reconoce que fue sobre la fractura cultural y educativa de la Ilustración donde el capitalismo pudo recrear la distinción entre lo manual y lo intelectual que desemboca en la situación actual.

La perspectiva política en la filosofía de la técnica es uno de los aspectos más desarrollados en la actualidad post-simondoniana. En aras de la simplicidad, sin necesidad de reponer los debates de las últimas tres décadas, es posible recurrir a la interpretación que hace Andrew Feenberg, quien

ubica a Simondon por fuera de las dicotomías heredadas de Mitcham (en su caso se trata de las teorías instrumentalistas y sustantivistas de la técnica) y superando en cierta medida las posturas marxistas más cercanas al sustantivismo, como la de la Escuela de Frankfurt. Feenberg propone tres conceptos para adaptar el planteo simondoniano a una perspectiva social crítica en la senda del marxismo: código técnico, ambivalencia de la técnica y grados de instrumentalización.

El código técnico “es la realización de un interés en una solución técnicamente coherente de un tipo general de problema. Esa solución sirve entonces como un paradigma o modelo de todo un dominio de actividad técnica. La noción de código técnico presupone que hay muchas soluciones diferentes para los problemas técnicos” (Feenberg, 2012: 46). Esto apunta, por un lado, a desestimar la interpretación unilateral de la técnica como dominio de una razón instrumental que sólo conoce criterios de eficacia y utilidad, y por el otro a especificar lo propio de la organización material del capitalismo: garantizar la autonomía operacional de los procesos de producción y consumo quitando a productores y consumidores el control de dichos procesos. Dicha autonomía, aún asumiendo la propiedad colectiva de los medios de producción, es en sí misma alienante, como diría Simondon. No hay sujeto revolucionario sin alteración del código técnico: una lección que el marxismo debió aprender tras el fracaso de la experiencia soviética.

La importancia de la cibernética se cifraba para Simondon en su capacidad de convertirse en una tecnología general derivada de una mecánica, esto es, un saber exhaustivo y abarcador sobre todo tipo de herramientas, máquinas y cuerpos. Pero su interpretación enciclopedista, exclusivamente culturalista, no le permite ir más allá y formular una crítica de la organización social que lleva adelante esos conjuntos técnicos. La postura de Simondon abre el juego respecto de las posturas sustantivistas, al no igualar técnica con capitalismo bajo el paraguas de la tan mentada racionalidad instrumental como en Adorno y Horkheimer, pero al mismo tiempo corre el peligro de desconocer los condicionamientos sociales que continúan operando incluso después de admitir su tesis de una alienación técnica “pre-social”. A esto parece aludir Feenberg cuando asume que, frente a la remanida tesis de la neutralidad de la técnica, es posible pensar su ambivalencia pues “la ciencia y la técnica pueden ser integradas en distintos órdenes hegemónicos”. Esta es también la razón por la que la nueva tecnología puede amenazar la hegemonía de los grupos dominantes hasta tanto sea codificada estratégicamente” (Feenberg, 2012: 131). Dicho de otro modo, la técnica es un campo de lucha. La técnica se vuelve así inmediatamente política.

Finalmente, Feenberg considera que la noción simondoniana de concretización permite abrir el camino a una idea diferente de la técnica respecto de la imagen clásica de la conquista de la naturaleza; una imagen que asume la conquista de lo humano por lo humano, la explotación del hombre por el hombre a través de su ser natural, como decía Horkheimer en *Crítica de la razón instrumental*, pero que fundamentalmente resulta insostenible en la crisis actual del medio ambiente. El proceso de concretización de Simondon puede ser definido como “el descubrimiento de sinergias entre las tecnologías y sus diversos ambientes” (Feenberg, 2012: 288), desde un inicio abstracto, donde cada parte de un sistema técnico cumple una función, hasta un final concreto en el que se producen interacciones que permiten a ese sistema cumplir múltiples funciones no ancladas en partes. La reminiscencia con los sistemas naturales parece clara y Simondon no se priva de hacerla: “a través de la concretización técnica, el objeto, primitivamente artificial, se convierte en cada vez más semejante al objeto natural” (Simondon, 2013: 68).

Sin embargo, por otro lado, es cierto que Simondon avala la teoría de una evolución técnica independiente del contexto social, como cuando afirma que “cuanto más debe responder el automóvil a las importantes exigencias del utilizador, más sus caracteres esenciales se ven gravados por una servidumbre exterior” (Simondon, 2013: 46). Esta posibilidad, por cierto muy novedosa en la filosofía de la técnica, de abandonar la relación dada por cierta entre técnica y razón instrumental, puede desembocar en una hiperbolización de la neutralidad de la técnica: ella ya no sería apenas un instrumento neutral que la sociedad emplea de un modo u otro, sino más bien una suerte de nueva naturaleza con desarrollos propios. Aunque Feenberg no hace explícita esta oposición, su noción de instrumentalización permite reinsertar el juego de lo social en la concretización simondoniana, incluso al precio de negar este aspecto no menor de la teoría simondoniana (Giuliano y Tula Molina, 2015: 215-216). No es preciso entrar en detalles al respecto porque sería objeto de otro artículo, pero en síntesis lo que presenta Feenberg con su teoría de la instrumentalización (2012: 272-288) es una distinción entre los procesos de abstracción y análisis de los fenómenos naturales en la actividad técnica humana, por un lado, y por el otro la integración y sistematización de sus resultados en los ambientes sociotécnicos, con énfasis especial en el modo en que éstas últimas, denominadas instrumentalizaciones secundarias para distinguirlas de las primarias, son llevadas adelante en el sistema capitalista de producción y consumo de bienes y servicios.

5. PALABRAS FINALES: POR UNA MATRIZ SOCIAL DE UNA NUEVA CULTURA TÉCNICA

La época actual es una de las más intensas en términos técnicos. Es posible que se trate de una amplificación de tendencias que estaban ya presentes cuando surgió el campo de la filosofía de la técnica y de hecho abonaría tanto a las posiciones ingenieriles como a las humanísticas de antaño. Pero también es posible que se trate de un quiebre exponencial producido por la emergencia de las tecnologías de información; en efecto, a diferencia de otras sinergias técnicas del pasado es su capacidad, las ciencias y técnicas de la información están en condiciones de infiltrar cualquier objeto o sistema técnico hasta transformarlo en un dispositivo informacional: piénsese, por ejemplo, en las autorregulaciones informatizadas de un automóvil, símbolo de los tiempos termodinámicos. El automóvil en la actualidad tiene realmente un “cerebro”, una computadora, cuyo modelo surgió, a su vez, de la intención de imitar artificialmente un cerebro (Rodríguez, 2012). Si esto es así, doblemente se verifica la importancia de la filosofía de la técnica de Simondon, pues ha sido capaz de repensar la concepción moderna de técnica y a la vez de sostener un discurso crítico frente al mundo que, en su tiempo, aún estaba por venir.

Simondon aboga por “una nueva *cultura técnica* que permita trascender las críticas substantivistas sin por ello caer en un tecno-optimismo ingenuo”. (Giuliano y Tula Molina, 2015: 213-214, subrayado en el original). El primer paso es reconocer, en contra de las tendencias dominantes en la filosofía de la técnica de su época, lo humano en lo técnico. El segundo paso, que corresponde a un tiempo posterior, es incluir este reconocimiento dentro de lo social. Y existe aún un tercer paso, sin dudas fundamental para Simondon pero que no se ha podido desarrollar aquí por razones de espacio, que atañe a la relación entre lo técnico y estético. Hay en Simondon una alternativa a la clásica identificación entre técnica y racionalidad instrumental: aquella que la acerca más bien a la magia, por un lado, y a la esteticidad por el otro, y que ocupa la tercera y última parte de MEOT y que también se manifiesta en múltiples escritos, como el ya citado sobre la tecnoestética.

A partir de un libro clásico llamado *Ecología de la libertad*, escrito por el ecologista norteamericano Murray Bookchin, es posible afirmar que en la época actual es necesario invertir los significados de innovación y adaptación. Siguiendo el imaginario tradicional del progreso, del avance y de la superación del que ha hecho gala la modernidad, la innovación es buena en sí misma y la adaptación en cierto modo no tan buena, pues supone

algún tipo de moldeado respecto de un orden existente. Bookchin afirma, por el contrario, que en la medida en que todo cambio tecnológico se inserta en una matriz social, incorporarlo por las buenas hablaría de una adaptación y por las malas, a una innovación. “Cuando una cultura posee una estructura social compleja, tiende a elaborar una técnica, no a ‘desarrollarla’” (Bookchin, 1999: 360). De modo similar, el filósofo alemán Peter Sloterdijk (2011) argumenta que la modernidad es un proceso inmenso de “humillación de lo humano a través de las máquinas”, por el cual cada innovación recorre el camino de arriba hacia debajo de la escala social y, cuando lleva a su punto inferior, otra innovación se crea desde arriba para desarrollar el mismo proceso, acumulando desigualdades.

En ambos autores es posible percibir un quiebre en el relato del progreso que hasta hace no tanto tiempo acompañaba las sucesivas revoluciones técnicas del capitalismo. Los nuevos *smartphones* no son recibidos con una épica parecida a la de la llegada del hombre a la Luna. Las razones son muchas, atañen a raíces históricas complejas como las atrocidades ocurridas en la Segunda Guerra Mundial, pero quizás se destaque aquella que cantan los Redonditos de Ricota: “El futuro llegó hace rato”. La llamada “revolución de las tecnologías de la información” estuvo rodeada de utopías sociales hasta los años '80; luego, cada transformación es vivida como una nueva innovación que no trae un futuro *mejor*, sino simplemente más *práctico*: el día en que un teléfono celular tenga incorporada una minilicudadora, no se hablará de un avance para la humanidad, sino apenas de una vida más cómoda. Por otro lado, en el ámbito convulsionado de las telecomunicaciones, la apropiación estrictamente política de algunos sistemas técnicos, como Facebook, aún está abierta a la experimentación social, pero no hay unanimidad en que mejore las condiciones de vida de los seres vivos en este planeta.

Se trata entonces de una buena noticia que abre el camino para un pensamiento nuevo como el de Simondon. Es preciso apartar todo lo que se pueda la idea de que una cultura posee propiedades intrínsecas, que se trata de una comunidad orgánica, como plantea Bookchin, aún cuando lo haga para denunciar precisamente la furia transformadora y explotadora del capitalismo moderno. Se trata de un asunto, ahora sí, práctico: las transformaciones técnicas continuarán su curso y es poco probable que no haya alteraciones en la matriz social, esto es, que haya más trabajo de “elaboración” que de “desarrollo”. Sin embargo, esto podría ser así en la medida en que se vuelva a reconocer lo humano en lo técnico y se abandonen tanto la tecnofilia como la tecnofobia. Para ello es preciso la constitución de una cultura técnica que sin dudas no provendrá apenas

de un cambio en la educación, como lo quería Simondon, sino que debe ser “compatible” con una crítica política, económica y social. Ya sin las trampas colocadas por la idea moderna de progreso, esta cultura técnica podría dar pistas para la creación de una matriz social que contenga estas transformaciones en procesos tan innovadores como adaptativos. Si en su época Simondon no fue escuchado, llegó entonces la hora de reivindicarlo, de leerlo, de estudiarlo y de criticarlo como una de las vías posibles para crear un mundo nuevo.

BIBLIOGRAFÍA:

- Aguirre, G. (2015): “Simondon como educador. Una lectura transductiva en clave latinoamericana”, en Blanco, J., D. Parente, P. Rodríguez y A. Vaccari (eds.), *Amar a las máquinas. Cultura y técnica en Gilbert Simondon*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 175-196.
- Blanco, J. y P. Rodríguez (2015): “Sobre la fuerza y la actualidad de la teoría simondoniana de la información”, en Blanco, J., D. Parente, P. Rodríguez y A. Vaccari (eds.), *Amar a las máquinas. Cultura y técnica en Gilbert Simondon*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 95-121.
- Barthélémy, J.-H. (2015): “La cuestión de la no-antropología”, en Blanco, J., D. Parente, P. Rodríguez y A. Vaccari (eds.), *Amar a las máquinas. Cultura y técnica en Gilbert Simondon*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 57-77.
- Bardin, A. (2013): “De l’homme à la matière : pour une ‘ontologie difficile’. Marx avec Simondon”, *Cahiers Simondon* (5), pp. 25-43.
- Bauman, Z. (1997): *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- Bontems, V. (2015): “¡Esclavos y máquinas, el mismo combate! La alienación según Marx y Simondon”, en Blanco, J., D. Parente, P. Rodríguez y A. Vaccari (eds.), *Amar a las máquinas. Cultura y técnica en Gilbert Simondon*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 197-212.
- Bookchin, M. (1999): “La matriz social de la tecnología”, en *Ecología de la libertad. La emergencia y la disolución de las jerarquías*, Madrid, Nossa y Jara, pp. 355-384.
- Feenberg, A. (2012): *Transformar la tecnología. Una nueva visita a la teoría crítica*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- Giuliano, G. y Tula Molina, F. (2015): “Hacia una nueva cultura de la técnica: horizonte ingenieril y horizonte filosófico”, en Blanco, J., D. Parente, P. Rodríguez y A. Vaccari (eds.), *Amar a las máquinas*.

- Cultura y técnica en Gilbert Simondon*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 213-231.
- Mumford, L. (1982): “Preparación cultural”, en *Técnica y civilización*, Madrid, Alianza, pp. 15-66.
- Ramírez, M. (2007): “Ilustración y cultura. Kant y Hegel: dos modelos del concepto de cultura en la filosofía moderna”, en *La lámpara de Diógenes*, 8, (15). Link: <http://www.redalyc.org/pdf/844/84401514.pdf>
- Rodríguez, P. (2012): *Historia de la información. Del nacimiento de la estadística y la matemática moderna a los medios masivos y las comunidades virtuales*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- _____ (2010): “Sobre el vínculo entre humanismo moderno y filosofía de la técnica: Martin Heidegger y Gilbert Simondon”, *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, 5, (14), pp. 143-152.
- Simondon, G. (2014a): “Place d’une initiation technique dans une formation humaine complète”, en *Sur la technique*, Paris, Presses Universitaires de France, pp. 203-232.
- _____ (2014b): “Prolégomènes à une refonte de l’enseignement”, en *Sur la technique*, Paris, Presses Universitaires de France, pp. 233-253.
- _____ (2014c): “Réflexions sur la techno-esthétique”, en *Sur la technique*, Paris, Presses Universitaires de France, pp. 379-396.
- _____ (2013): *El modo de existencia de los objetos técnicos*, Buenos Aires, Prometeo.
- _____ (2010): “L’amplification dans les processus d’information”, en *Communication et information. Cours et conférences*, Chatou, Les Éditions de la Transparence, pp.157-176.
- Sloterdijk, P. (2011): “La humillación por las máquinas. Sobre la significación de la novísima tecnología médica para la época”, en *Sin salvación. Tras las huellas de Heidegger*, Madrid, Akal, pp. 221-240.
- Wiener, N. (1971): *Cibernética*, Madrid, Guadiana.

